

Raúl Zurita

Ganador Premio Iberoamericano
de Poesía Pablo Neruda



Discurso de agradecimiento, Palacio
de La Moneda, 14 de julio de 2016.

www.premiosliterarios.cultura.gob.cl



Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes

Gobierno de Chile

Ministro Presidente: **Ernesto Ottone Ramírez**
Subdirectora: **Ana Tironi Barrios**
Secretaria Ejecutiva del Consejo del Libro y la Lectura: **Paula Larraín Larraín**
Jefe Departamento de Comunicaciones: **Andrés Bermúdez Ballesteros**

Dirección de arte: **Soledad Poirot Oliva (CNCA)**
Diseño Portada: **Muriel Velasco Aguilar (CNCA)**
Diagramación: **Guillermo Negrón Pizarro (CNCA)**
Edición y corrección de textos: **Tal Pinto Panzer (CNCA)**
Fotografías: **Natalía Espina López (CNCA)**
Fotografía portada César Aira: **Nina Subin**

Textos: **César Aira y Raúl Zurita**

Para la composición de textos se utilizó la tipografía Australis, creada por el diseñador y tipógrafo chileno Francisco Gálvez.

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre del año 2016 en la ciudad de Santiago (Chile).

Se imprimieron 105.000 ejemplares.



Raúl Zurita

Presentación

Desde sus más tempranos inicios, Raúl Zurita parece haberse propuesto ampliar los límites de la poesía. Y lo ha logrado. Escribió un poema en el cielo de Nueva York y trazó la frase “ni pena ni miedo” sobre el desierto de Atacama. Y no fue un capricho, sino prueba de la esperanza que Zurita ha depositado en el valor de la poesía. Sus palabras en el Palacio La Moneda al momento de recibir el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda, nos ayudan a comprender mejor su apuesta: “La poesía es la más alta creación humana, su fundamento es la celebración de la vida, pero ha tenido demasiadas veces que relatar la desgracia.” Quienes hayan leído la poesía de Zurita sabrán muy bien que es conmovedora, y necesaria, que es inspiración creativa, poderosa y humilde a la vez, en ella resuenan las emociones del ser humano.

Ambos premios, tanto el de Narrativa como el de Poesía, son un homenaje a aquellos creadores que han contribuido al diálogo intercultural y artístico de Iberoamérica. Hoy, más que nunca, en tiempos en que el mundo parece una esfera donde en el ámbito artístico y cultural las fronteras intentan desaparecer y desdibujarse, es urgente contar con estos reconocimientos, para construir un territorio común. Estos premios son el modesto aporte que el Estado de Chile hace por las letras hispanoamericanas. Nuestro afán es que nuevas generaciones de poetas y narradores tomen la palabra de estos grandes referentes y la hagan suya, y que eso les ayude a construir nuevas formas y sentidos poéticos y narrativos que, a su vez, sean fuente de inspiración para la literatura del mañana.

Ernesto Ottone Ramírez

Ministro Presidente

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Sobre los Premios Iberoamericanos

Los premios iberoamericanos de Poesía Pablo Neruda y de Narrativa Manuel Rojas, son concedidos anualmente por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (CNLL), a autores de reconocida trayectoria, cuyo trabajo sea una contribución notable al diálogo cultural y artístico de Iberoamérica. Ambos premios cuentan con una dotación de \$60.000 mil dólares.

Premio de Poesía Pablo Neruda

Fue creado el año 2004 por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile con el respaldo de la Fundación Pablo Neruda, como homenaje al centenario del nacimiento del poeta.

Han recibido este reconocimiento los poetas José Emilio Pacheco (México), Juan Gelman (Argentina), Carlos Germán Belli (Perú), Fina García-Marruz (Cuba), Carmen Berenguer (Chile), Ernesto Cardenal (Nicaragua), Antonio Cisneros (Perú), Óscar Hahn (Chile), Nicanor Parra (Chile), José Kozer (Cuba), Reina María Rodríguez (Cuba) y Augusto de Campos (Brasil). En su última edición se distinguió al chileno Raúl Zurita.



L
R
A
T
U
R



PRIMERO DE CANTABRIA
DE POESÍA
PAOLO NERUDA

El Consejo de Cantabria, en el ejercicio de sus competencias, ha acordado otorgar el Primer Premio de Poesía de Cantabria 2014 al Sr. **Rosal Zuriño**, autor de la obra **El mundo de los sueños**, publicada por Editorial Galaxia en el año 2013.

Rosal Zuriño

Conde de Valdeolmillos, 10
48940 Leizor (Leizor)

Rosal Zuriño



Raúl Zurita

Santiago, Chile, 1950. Entre sus libros se cuentan *Purgatorio*, *Anteparaíso*, *Canto a su amor desaparecido*, *El amor de Chile*, *La vida nueva*, *INRI* y *Zurita*. Es cofundador del grupo CADA, con quienes realizó acciones de arte de resistencia política contra la dictadura. Ha recibido los premios Pericles de Oro de Italia, José Lezama Lima de Cuba, Nacional de Literatura de Chile y el Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2016). Ha sido nombrado Doctor Honoris Causa por las universidades de Alicante, España, y Federico Santa María, Chile, y Profesor Emérito por la Universidad Diego Portales, donde actualmente enseña.

Discurso de agradecimiento de Raúl Zurita

14 de julio de 2016

Chile, mucho antes de ser un país fue un poema. Es el “Chile fértil provincia señalada/ en la región antártica famosa/ de remotas naciones respetada/ por fuerte, principal y poderosa”, de *La Araucana* de Alonso de Ercilla, ese soldado español que participó en la conquista y que después de declarar que no venía a cantarle al amor sino a la espada, vio en un territorio absolutamente desconocido, en el lugar más remoto del mundo, los bordes aún imaginarios de un país, uniendo para siempre nuestro destino con el destino de la poesía, de los grandes sueños y de sus encarnaciones concretas, pero también con las trazas de una violencia extrema anidada en el centro de nuestra historia.

Soy un poeta chileno, soy un hijo de esa violencia y de esa delicadeza.

Señora Presidenta de la República Michelle Bachelet
Señor Ministro de Cultura Ernesto Ottone
Señor Presidente de la Fundación Pablo Neruda
Autoridades, amigos queridos

Agradezco este premio que lleva el nombre del más grande poeta de la historia de la lengua castellana, Pablo Neruda. Frente a su obra la sensación a menudo no es distinta a la que

podemos experimentar mirando las cumbres de los Andes o la inmensidad del mar. Poemas como “Galope muerto”, “Walking Around” o “Alturas de Macchu Picchu” nos hacen pensar en esas dimensiones. En sus momentos más altos, su poesía, más que la creación de un autor, se parece a un destino en cuya inexorabilidad están expresados todas las muertes, esperanzas, tragedias, sueños y despertares de millones y millones de hombres y mujeres que han requerido de los poemas para completar sus existencias.

Pablo Neruda al escribir su *Canto General* no sabía que ese libro iba a ser la prueba de que los pueblos que a través de él lo escribieron y que allí se mencionan, debían atravesar todavía otra “muerte general” —las nuevas dictaduras y su interminable secuela de asesinados y desaparecidos— dándoles a todas esas víctimas, a los oprimidos y marginados de nuestra historia, la sanción póstuma de encontrar en la poesía la vida nueva que debía esperarlos y que no los esperaba.

Recibo entonces esta distinción con un sentimiento de gratitud pero también de dolor, de alegría y al mismo tiempo de tristeza, de orgullo y a la vez de vergüenza. La tarea no era escribir poemas ni pintar cuadros; la tarea era hacer de la vida una obra maestra y los restos triturados de esa tarea cubren la tierra como si fueran los escombros de una batalla atrozmente perdida. La poesía es la más alta creación humana, su fundamento es la celebración de la vida, pero ha tenido demasiadas veces que relatar la desgracia. Nada de lo que creí en mi juventud que sería el mundo ha sido el mundo, nada de lo que imaginé que sería Chile después del terrible paso

de la dictadura es lo que ha sido Chile. Lo único bueno que nos enseñaron esos años feroces: ese compañerismo, esa lealtad, que nos hizo a tantos atravesar la noche un poco más guarecidos, mostrándonos en las situaciones más difíciles que la solidaridad era posible, que el amor era posible, fue lo primero que se olvidó y vimos surgir así un país atomizado por el neoliberalismo, insolidario con los más débiles, en muchos aspectos déspota con los más desposeídos.

A la poesía le concierne íntimamente ese fracaso, el estado de una sociedad no puede medirse por lo bien que están los que están bien; felices los felices, dice Borges en la sentencia final de su “Fragmentos de un evangelio apócrifo,” sino por lo mal que están los que están mal, y los que están mal están muy mal. La poesía debe bajar con ellos, debe descender junto a lo más dañado, a lo más tumefacto y herido para emprender desde allí, desde esas fosas de lo humano, como quería el pequeño Rimbaud, el arduo camino a una nueva alegría, a una nueva esperanza, a un nuevo sueño, pero no a un sueño cualquiera, no a una esperanza débil, no a una alegría cautelosa, sino para que desde el hambre, desde los asilos de ancianos pobres, desde cada niño y niña violadas, desde las cárceles, desde los Sename de este mundo, emerja un sueño tan fuerte que dé vuelta la realidad y nos muestre de nuevo los infinitos resplandores de esta tierra que aún nos ama.

Y nos ama, e increíblemente nos ama, pues habría bastado que la cordillera de los Andes se hubiera desplazado unos pocos kilómetros más al oeste o que el nivel del Pacífico hubiese subido

unos metros, para que nada de esto hubiese existido. Sin embargo, algo quiso que fuéramos, algo quiso que hubiese un pueblo más entre los otros pueblos, que hubiese un sueño más entre los otros sueños, que hubiese una voz más en la conversación general que todas las cosas mantienen con todas las cosas. Por razones que son misteriosas ese diálogo tomó en Chile la forma de la poesía.

La pregunta crucial que plantean los grandes poemas es: si los seres humanos son capaces de escribir el Cántico de todas las criaturas de San Francisco, de pintar los retablos de Fra Angélico o la mujer con flores de Diego Rivera, si pueden ejecutar con zampoñas la música más profunda y bella del planeta; la música boliviana, ¿cómo puede entenderse que al mismo tiempo asesinen a otros seres humanos? Si la sobrecogedora voz de Isabel Aldunate cantó frente al país destrozado “El ayuno”, si Violeta Parra, sabiendo que se iba a matar, compuso ese himno que se llama “Gracias a la vida”, ¿cómo, con qué palabras puede explicarse que otros hayan hecho de los estadios mataderos de hombres? Si el poeta Robert Desnos, uno de los fundadores del surrealismo, cruzó los campos de exterminio, ejecutando, en las condiciones más infernales que se puedan concebir, el acto absolutamente delicado de corregir un poema de amor, ¿cómo pueden comprenderse las gasificaciones masivas, los hornos crematorios, Auschwitz? Un estudiante adicto al surrealismo, que había entrado con los partisanos checos, Josef Stuma, reconoció a Desnos entre los moribundos y recogió el poema. No contenía ninguna referencia a los campos ni a las circunstancias en que fue escrito. Era solo un poema de amor, pero precisamente porque era solo eso, un poema de amor en medio del infierno, constituye la denuncia más

feroz que alguien haya hecho del horror del genocidio. El poema se llama “A la misteriosa”, y pone frente a la monstruosidad de Treblinka la imagen de un sueño. Lo leo:

Tanto soñé contigo que pierdes tu realidad.

¿Habrá tiempo para alcanzar ese cuerpo vivo y besar sobre esa boca el nacimiento de la voz que quiero?

Tanto soñé contigo que mis brazos habituados a cruzarse sobre mi pecho abrazan tu sombra, quizá ya no podrían adaptarse al contorno de tu cuerpo.

Y frente a la existencia real de aquello que me obsesiona y me gobierna desde hace días y años seguramente me transformaré en sombra.

Oh balances sentimentales.

Tanto soñé contigo que seguramente ya no podré despertar. Duermo de pie, con mi cuerpo que se ofrece a todas las apariencias de la vida y del amor y tú, la única que cuenta ahora para mí, más difícil me resultará tocar tu frente y tus labios que los primeros labios y la primera frente que encuentre.

Tanto soñé contigo, tanto caminé, hablé, me tendí al lado de tu sombra y de tu fantasma que ya no me resta sino ser fantasma entre los fantasmas, y cien veces más sombra que la sombra que siempre pasea alegremente por el cuadrante solar de tu vida.

Opongo entonces la infinita devoción de ese poema, su insobornable pureza, a todas las crueldades de la historia, porque

si la poesía de Robert Desnos no existiera, si el arte no existiera, probablemente la violencia sería la norma. Pero existe, y el solo hecho de que alguien en medio del Holocausto pudo escribir algo tan increíblemente bello como “Tanto soñé contigo que pierdes tu realidad”, hace que el crimen sea infinitamente más crimen y el asesino infinitamente más asesino.

Es lo que he tratado de mostrar en lo que he escrito. He imaginado en medio del terror de la dictadura sagas inacabables que se me borraban al amanecer, poemas alucinados donde el Pacífico flota suspendido sobre las cumbres de los Andes y donde el desierto de Atacama se eleva como un pájaro sobre el horizonte. Imaginar esos poemas fue mi forma de resistir, de no enloquecer, de no resignarme. Sentí que frente al dolor y al daño había que responder con un arte y una poesía que fuese más fuerte que el dolor y el daño que se nos estaba causando. No se trataba de lanzar andanadas de pequeños poemas de combate, sino de algo mucho más arrasado, más luminoso, más sordo y violento. Había que hablar de amor, pero para hablar de amor había que aprender a hablar de nuevo, comenzar desde cada letra, porque ninguno de los lenguajes que existían antes bastaban para dar cuenta de lo que había sucedido. Siento que los escombros de esos años están allí, en esos intentos, y que dictados por un deseo que nos sobrepasa, los poemas no son sino los sueños que sueña la tierra, los sueños con los que intenta lavarse del sufrimiento humano, y que uno no puede nada frente a eso sino apenas grabar unas pequeñas marcas, unos mínimos retazos que quizás sobrevivan al despertar.

Yo viví en Chile en los años de la dictadura y sobreviví a ella y a mi propia autodestrucción. El año 1975 después de un episodio

humillante con unos soldados me acordé de la frase del Evangelio de poner la otra mejilla y entonces fui y quemé la mía. No supe bien por qué lo hacía, pero allí comenzó algo. Recordé que de niño había visto un avión que volaba en círculos trazando con humo blanco el nombre de un jabón para lavar ropa e imaginé de golpe un poema escribiéndose en el cielo. Entendí entonces que aquello que se había iniciado en la máxima soledad y desesperación de un hombre que se quema la cara encerrado en un baño, debía concluir algún día con el vislumbre de la felicidad. Dos años más tarde pensé en una escritura sobre el desierto que solo pudiese ser vista desde lo alto. Solo diría “ni pena ni miedo”, y estaría surcando un país donde casi lo único que había era pena y miedo. Años más tarde vi la frase recortada sobre el desierto y, efectivamente, por su extensión solo se podía leer completa desde el cielo. Alguien reparó que el surco de las letras en la tierra se parecía al surco de la cicatriz en mi cara. Habían pasado dieciocho años y me sorprendió haber sobrevivido. Recibo esta distinción en nombre de nuestros ausentes.

Yo trabajo con mi vida y trato de que eso no sea una consigna. No porque mi vida tenga algo ejemplar, el diablo me libre de ser ejemplo de nada, sino porque creo que si podemos llegar al fondo de nosotros mismos, sin autocompasión ni falsa solidaridad, mirando nuestra zona de luz, nuestra sed de amor, pero también toda nuestra reserva de odio, violencia y de crimen, es posible que lleguemos al fondo de la humanidad entera. Creo que todo lo que puedo haber hecho está allí. He escrito desde un cuerpo que se dobla bajo los efectos del Parkinson, que se rigidiza, que tiembla, que se va para adelante y que cae y he encontrado hermosa mi enfermedad, he sentido que mis temblores son bellos, que mi

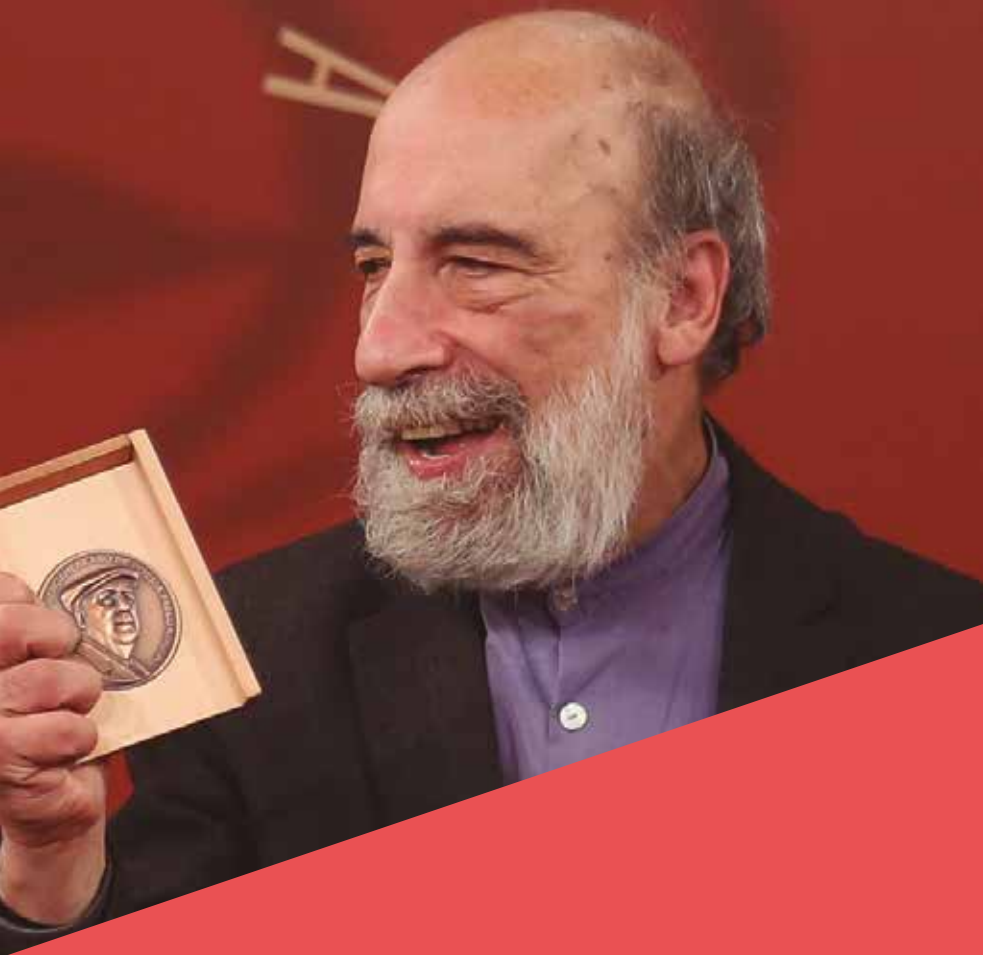
dificultad para sostener estas hojas que ahora leo es bella. He escrito sobre ese cuerpo, sobre los dolores que les he causado a otros y los que yo mismo me he infligido, he grabado con fuego mis poemas sobre mi piel. Solo los enfermos, los débiles, los heridos, son capaces de crear obras maestras. Siento que he escrito desde una cierta irreparable desesperación y, a la vez, desde una incontenible alegría. Una alegría extraña porque es como si naciera de la dificultad de ser felices. Del encuentro de esos fantasmas nace mi escritura. La escritura es como las cenizas que quedan de un cuerpo quemado. Para escribir es preciso quemarse entero, consumirse hasta que no quede una brizna de músculo ni de huesos ni de carne. Es un sacrificio absoluto y al mismo tiempo es la suspensión de la muerte. Es algo concreto, cuando se escribe se suspende la vida y por ende se suspende también la muerte. Escribo porque es mi ejercicio privado de resurrección.

Decía al comienzo que esta tierra aún nos ama, todavía quiere verse en nosotros, todavía el mar, el desierto, las montañas, quieren mirarse en nuestras miradas, todavía el sonido de las rompientes y del viento quiere reconocerse en nuestros oídos, todavía sus estrellas quieren reflejarse en nuestros ojos. En sus momentos más felices mi poesía ha tratado de expresar ese amor de la tierra, no siempre ha sido así. He escrito desde la herida y del daño en un mundo herido, enfermo, sin compasión. He escrito desde el dolor, pero nuestro deber es la felicidad. He escrito desde el odio, pero nuestro deber es el amor.

Termino con el poema con que quisiera cerrar mi vida:

*Entonces, aplastando la mejilla quemada
contra los ásperos granos de este suelo pedregoso
—como un buen sudamericano—
alzaré por un minuto más mi cara hacia el cielo
llorando
porque yo que creí en la felicidad
habré vuelto a ver de nuevo las irrefutables estrellas*

Te amo Paulina, tú eres las estrellas irrefutables de mi noche.



Raúl Zurita

Ganador Premio Iberoamericano
de Poesía Pablo Neruda

César Aira

Ganador Premio Iberoamericano
de Narrativa Manuel Rojas

Discurso de agradecimiento, Palacio
de La Moneda, 21 de noviembre de 2016.

www.premiosliterarios.cultura.gob.cl



Consejo
Nacional de
la Cultura y
las Artes

Gobierno de Chile



César Aira

Presentación

El narrador argentino César Aira ha sorprendido a lectores de todo el mundo con su deslumbrante imaginación. Cada nuevo libro —que afortunadamente lanza con una insólita frecuencia— es un nuevo riesgo artístico. Creemos valioso compartir el discurso que Aira dio en el Palacio La Moneda al recibir el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas, porque permite no sólo aproximarse a la trayectoria del multifacético y elusivo autor, sino también a la formación de todo narrador. Su obra, y parece de más decirlo, ha sido una fuente constante de influencia en las nuevas generaciones de escritores de habla hispana, así como en distintos rincones del planeta, donde se lo lee con fruición. La entrega de este reconocimiento es también una forma de agradecer a Aira por su largo servicio a la causa de la literatura, pues, como él mismo ha dicho, “convertirse en escritor es un proceso que obliga a muchas renunciaciones, a no poca soledad, a ver la vida del otro lado de un cristal de palabras.”

Ambos premios, tanto el de Narrativa como el de Poesía, son un homenaje a aquellos creadores que han contribuido al diálogo intercultural y artístico de Iberoamérica. Hoy, más que nunca, en tiempos en que el mundo parece una esfera donde en el ámbito artístico y cultural las fronteras intentan desaparecer y desdibujarse, es urgente contar con estos reconocimientos, para construir un territorio común. Estos premios son el modesto aporte que el Estado de Chile hace por las letras hispanoamericanas. Nuestro afán es que nuevas generaciones de poetas y narradores tomen la palabra de estos grandes referentes y la hagan suya, y que eso les ayude a construir nuevas formas y sentidos poéticos y narrativos que, a su vez, sean fuente de inspiración para la literatura del mañana.

Ernesto Ottone Ramírez

Ministro Presidente

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Sobre los Premios Iberoamericanos

Los premios iberoamericanos de Poesía Pablo Neruda y de Narrativa Manuel Rojas, son concedidos anualmente por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA), a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura (CNLL), a autores de reconocida trayectoria, cuyo trabajo sea una contribución notable al diálogo cultural y artístico de Iberoamérica. Ambos premios cuentan con una dotación de \$60.000 mil dólares.

Premio de Narrativa Manuel Rojas

Fue creado el año 2012 por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes con el respaldo de la Fundación Manuel Rojas.

Han recibido este reconocimiento los escritores Rubem Fonseca (Brasil), Ricardo Piglia (Argentina), Horacio Castellanos Moya (El Salvador) y Margo Glantz (México). En su última edición se distinguió al argentino César Aira.



PREMIO

Alba



César Aira

Coronel Pringles, Argentina, 1949.
Escritor y traductor. Ha incursionado en distintos géneros, como la novela, el ensayo y la dramaturgia. Autor prolífico, ha publicado más de 50 novelas. Algunas de las más reconocidas son *Ema, la cautiva* (1981), *Cómo me hice monja* (1993), *Cumpleaños* (2001) y *El mármol* (2011). Entre otros reconocimientos, el año 2014 se le otorgó en Francia el Premio Roger Caillois de Literatura Latinoamericana y en 2016 el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas.

Discurso de César Aira

21 de noviembre de 2016

Mi intención en este momento es nada más que dar las gracias, y con esa palabra debería ser suficiente, pero como un discurso es de rigor, aprovecharé el rigor para decir que estoy verdaderamente agradecido, y, un poco menos verdaderamente, sorprendido, por haber recibido este premio. La sorpresa tuve tiempo de digerirla en los días que corrieron desde que recibí la noticia. El agradecimiento tiene una historia más larga porque se funde con, y hasta parece una consecuencia natural de mi largo agradecimiento a Chile. Resumo esta historia, tratando de evitar los excesos naturales de la demagogia.

Mi primer viaje a Santiago fue hace unos treinta y cinco años. En ese entonces era una ciudad más bien gris y triste, pero me las arreglé para encontrarle una poesía gris y triste. No haré lo que el protagonista de la novela de Proust, que con toda inocencia y sinceridad le elogia la casa a una condesa diciéndole que le recuerda una vieja estación de trenes de provincia. Los santiaguinos podrían ofenderse tanto como la condesa, pero lo cierto es que le encontré a su ciudad el sabor paradójico de una capital populosa que se comportaba como un pueblo olvidado al pie de las montañas. Con todo, eso quizás no habría bastado para hacerme volver si no hubiera habido un buen amigo chileno

con el que hablar de libros, y si no hubiera habido los libros de los que hablar. En los viajes sucesivos el amigo se multiplicó, los nuevos amigos se volvieron viejos amigos, los lugares de encuentro se volvieron hábito, y hasta empezaron a reclamarme cuando pasaba un tiempo sin venir. Amigos y, porque siempre tuve la lectura asociada a la mirada y la voz del amigo con el que hablé del libro, el que me lo recomendó, el que me dijo que era malísimo y desconfié de su juicio. O el que me dijo que era buenísimo y también desconfié de su juicio, y terminé leyéndolos todos, los buenos y los malos. El hábito de la lectura, que no es tan salvífico como predicán los que no leen, tiene la gran virtud de permitir que uno descubra a un viejo amigo en alguien que ha conocido media hora antes: porque hemos leído los mismos libros, hemos estado compartiendo ideas y emociones a la distancia, y cuando al fin nos encontramos la fraternidad queda sellada sin más trámite que mencionar unos nombres y unos títulos.

Hablando de conversaciones, debo decir que no tuve el problema que han tenido otros hispanohablantes con el habla chilena. Había tenido una práctica previa a mi viaje inaugural. Una de las primeras editoriales que publicara mis libros en la Argentina era propiedad de un matrimonio de chilenos. La señora, que oficiaba de directora literaria, era una distinguida dama santiaguina, culta, anglófila, y con un marcado acento de su país natal. En los trámites de la publicación de mis libros, y de algunas traducciones que hice para ella, mantuvimos largas conversaciones, y no sin algún esfuerzo de mi parte la repetición hizo que llegara a entender bastante bien casi todo lo que me decía. De modo que al venir

a Chile supuse mi oído preparado, aunque sólo para el acento de cierto elevado estrato social con el que no creía que fuera a tener mucho roce. Pero no había terminado de deshacer la valija en el hotel cuando tuve la grata sorpresa de oír a las mucamas charlando en el pasillo, y entenderlas tan bien como entendía a mi editora. Otro rasgo curioso y feliz del país: los pobres y los ricos hablaban igual. Eso sólo bastaría para redimir, si hubiera necesidad de hacerlo, la simpática peculiaridad lingüística chilena.

Hasta aquí, el agradecimiento. De la sorpresa, ya dije que se fue amortiguando con el paso de los días. Ninguna sorpresa se le resiste al tiempo implacable. Pero ésta dejó un resto de materia intrigante, el enigma cotidiano que nos propone la esfinge de la experiencia. ¿Por qué las cosas que nos pasan nos pasan a nosotros y no a otros? Es tan fácil como falaz decir que se debió a la suerte. Más fácil todavía, y no menos falaz, es decir que nos lo teníamos merecido. El juego de provocaciones lúdicas que es mi obra escrita no parecía hecho para premios. Y lo que uno cree merecer es o bien desmesurado o es un castigo. Mucho menos podía aspirar a que la suerte me favoreciera, porque ya había abusado de ella con el mero gesto de hacerme escritor. Claro que no tenía por qué explicarme nada, bastaba con dejar que la sorpresa se diluyera y quedar agradecido y contento. Pero la gratificación contenía un leve sobresalto de alarma.

Ganar un premio importante es un paso bastante decisivo en el camino que lleva a volverse un escritor importante, y ahí se plantea una disyuntiva para la que conviene estar preparado.

No creo que se pueda ser importante y escritor al mismo tiempo. Hay que elegir. El consumo de energía para llevar a cabo cualquiera de las dos tareas hace imposible la convivencia de ambas, no porque el gasto de energía sea excesivo (escribir es un trabajo bastante relajado, y para ser importante ni siquiera es necesario estar relajado), sino porque se trata de energías distintas e incompatibles.

Hasta ahora yo creía estar a salvo de que la alternativa se planteara para mí. No sirvo para importante, por mis hábitos arraigados de escritor, mi carencia de opiniones, mi escepticismo y desaliento. Ni siquiera tengo la ropa adecuada para el papel. Pero con las circunstancias nunca se sabe. La importancia acecha en los otros, alerta, dispuesta a aprovechar la menor oportunidad para colarse donde no la quieren, a sabiendas de que casi siempre se la quiere. Además, la sociedad se empeña en revestir de importancia al escritor, como para darle una función comprensible. Parece como si para evitarlo hubiera que morirse antes. O escribir mal, para hacérselo más difícil. Pero ésas son soluciones demasiado radicales. No necesito ir tan lejos. Un poco de importancia pasajera no puede hacerme tanto daño, y además estos días mi nombre se está asociando, siquiera periódicamente, al de Manuel Rojas, nombre que puedo usar como talismán protector. Su fórmula, la “oscura vida radiante”, es la mejor definición de una estrategia para evitar la asimilación, sin perder poder. Y el guardián de esa oscuridad es el joven pobre que está en el corazón de su obra.

La relación del escritor con la figura del joven pobre viene de lejos, y tiene sus puntos intrigantes, uno sobre todo. Es la pregunta que puede hacerse el lector de esas novelas, como las de Manuel Rojas, en las que un joven pobre cuenta su vida. La primera persona en que están escritas le adjudica la redacción, la elección de las palabras, el ritmo de las frases, la sucesión razonada de los episodios. Pero, justamente, la gracia e intención del argumento está en hacerle sufrir toda clase de desamparos y precariedades en sus años de formación, lo que hace poco o nada verosímil que haya tenido tiempo de aprender algo tan difícil y poco práctico como lo son las técnicas narrativas. Dickens se especializó en ese formato, y su novela *Grandes Expectativas* fue el modelo culminante. ¿Cómo puede ser que el pequeño Pip, el huérfano desamparado, criado en la casa del herrero analfabeto, pueda llegar a escribir su vida en forma de una novela, que además es una obra maestra? La respuesta es demasiado obvia. Por supuesto que la escribió Dickens, no Pip. La suspensión momentánea de la incredulidad no da para tanto. Por supuesto que no fue el huérfano, ni el hijo del ladrón, ni el pescador de perlas. La pregunta revela una ingenuidad infantil. Pero da la impresión de que el autor también se la hizo, porque además de ser una pregunta de niño es una pregunta de escritor. El novelista cuida el verosímil tanto o más que su prestigio. Y sabe, aunque no sepa otra cosa, que llegar a escribir un buen libro lleva mucho trabajo previo, muchas lecturas, una prolongada renuncia a las formas corrientes de la experiencia.

Pues bien, la respuesta a la pregunta infantil termina siendo no menos infantil: hay que hacer que el niño desamparado de las

primeras páginas ascienda rápido en la escala social, como para que tenga acceso a las fuentes de la sintaxis y el vocabulario. Si en el mundo real la escalada por la pendiente económica y cultural se lleva a cabo con penosa parsimonia y resultado siempre dudoso, la novela ofrece atajos, como puede ser una herencia inesperada, el hallazgo de un tesoro, un protector secreto, o, lo más expeditivo, el reconocimiento de paternidad por el rico patrón, que proyecta al hijo de la sirvienta a hacer el bachillerato en París.

Con un poco de buena voluntad podemos considerar estas fábulas como alegorías compensatorias del proceso por el que el escritor se hace escritor. Un proceso que obliga a muchas renunciadas, a no poca soledad, a ver la vida del otro lado de un cristal de palabras. En el imaginario del escritor actúa el razonamiento de Picasso cuando dijo “Cómo me gustaría ser rico, para vivir sin problemas, como los pobres”. Resignado a no ser nunca rico, y condenado a la vida problemática de la clase media, el escritor apela a la ilusión de la existencia despreocupada, aventurera a su modo, del pobre. Y lo hace joven, o niño, para dejar abierta la posibilidad de que llegue a ser rico. Pero la compensación por lo que se pierde no queda limitada a la fantasía o el sueño diurno; hay algo que lo hace valer la pena en los términos más concretos, y es el placer de escribir, ese placer “denso y profundo” como lo calificó Stendhal, que no se parece a ningún otro y que hace que a veces los escritores nos preguntemos cómo se puede vivir sin escribir. ¿Qué hacen los que no escriben? ¿Cómo llenan su tiempo, cómo soportan el tedio de los días sin el consuelo supremo de escribir? Parece frívolo asentar en el placer algo tan serio y difícil como es escribir, pero el placer es necesario para seguir escribiendo, y

no conformarse con la importancia adquirida con lo que ya se escribió. Además, aun tomado por su aspecto más hedónico y menos comprometido con la realidad, el acto de escribir sigue siendo la resistencia más eficaz a la alienación de las estructuras sociales existentes.

Esto puede ser sólo jactancia gremial. El común de la gente se las arregla muy bien sin escribir. Pero ninguna jactancia o invención alcanza a compensar la nostalgia de la verdadera vida, que siempre está en otra parte. El joven pobre que cuenta su vida desde lo inexplicable de una prosa refinada en primera persona está contando en realidad los sueños de experiencia que se perdieron en el camino del aprendizaje literario.

Yo definí recientemente mis libros como “juguetes literarios para adultos”, cambiando la definición anterior, “cuentos de hadas dadaístas”, que me parecía pretenciosa. “Juguetes” porque son reproducciones en miniatura de las cosas reales, en mi caso de las novelas de verdad. No pretendo convencer a nadie, pero creo que la novela es un género más apto para la lectura que para la escritura. No entiendo por qué se empeñan en seguir escribiéndolas, cuando ya hay tantas y tan buenas. Habría supuesto que cuando la producción de los grandes novelistas del siglo XIX alcanzara para toda una vida de lecturas se dejaría de escribir novelas, pero por lo visto habría estado equivocado. Fueron ideas como ésta las que me llevaron a esta incómoda posición de vanguardista, aunque habría preferido no serlo. Pero la palabra que acentúo en mi definición es el adjetivo que le pongo a esos juguetes: “literarios”.

Todo mi trabajo es, podría decir, “intraliterario”, hecho desde la percepción y manipulación consciente de los engranajes específicos del arte de la palabra. A esos engranajes subordino los de la representación de la realidad y la expresión de los sentimientos. Como tantos otros, como casi todos mis colegas, yo crecí en el aborrecimiento de la metaliteratura, la literatura que se refiere a sí misma, la víbora inofensiva que se muerde la cola, el espejo narcisista del escritor enamorado de sí mismo, y se podría seguir con las metáforas. Pero ese objeto vilipendiado tiene su mérito. Aun dejando de lado mi convicción de que la literatura es metaliteratura, ésta, la metaliteratura, al encerrar al escritor en su doble valva nacarada, en su fortificada torre de marfil, lo protege de la importancia, que necesariamente viene del exterior. El joven pobre, como creí ver, también es un recurso metaliterario, una figura retórica proveniente del oficio, no del mundo. Pero el mundo, al otro lado del muro de palabras, sigue enviando sus señales, encabalgadas en el tiempo, que es implacable. El placer de escribir no nos exime del trabajo de vivir. En este punto tengo que repetir la frase de Felisberto Hernández, que se ha vuelto mi mantra: “Cada vez escribo mejor, lástima que cada vez me vaya peor”. Aun cuando esto sea indiscutible, desde un punto de vista subjetivo, siempre hay elección. Podría hacer que me vaya mejor, no es tan difícil, pero tendría que renunciar a mis veleidades metaliterarias, escribir novelas, olvidarme de la Historia de la Literatura y plegarme a la marea feliz de la Industria Editorial. Perdería mi paz mental y sentiría culpa. Además, no sería tan fácil. Escribir mal es mucho más difícil que escribir bien.

En fin. No creo que estas divagaciones inconexas hayan explicado nada. Debería haberme quedado con la invocación a Manuel Rojas. Su nombre ha venido ahora a beneficiarme, y es como si viniera dando un largo rodeo. Leí sus libros en mi juventud, y de algún modo siempre siguió cerca, tan cerca como esa aspiración que definió famosamente Kafka: “Un libro debería ser el hacha que rompa el hielo que cubre nuestro corazón”. Esa violencia reúne en un solo gesto todos los anhelos y temores que asedian al escritor, y justifica la primera persona del que va a aprender a escribir. El joven pobre tiene el corazón al desnudo. El trabajo de volverse un escritor, y las circunstancias que lo ponen en camino de volverse un escritor importante, son los que van acumulando gruesas capas de hielo sobre él, y entonces el hacha se hace necesaria, para abrimos los ojos a la poesía del mundo y volver a hacernos sentir el placer de escribir.



César Aira

Ganador Premio Iberoamericano
de Narrativa Manuel Rojas